

REFLEXIONES SOBRE EL HOLOCAUSTO Y LOS DERECHOS HUMANOS

Por el licenciado Eduardo Luis FEHER
Profesor de la Facultad de Derecho de la UNAM.

Estudios recientes y muy cuidadosos sobre el holocausto derivado de la II Guerra Mundial arrojaron algunos datos que podrían ser introductorios para este breve comentario.

Un porcentaje muy elevado de las personas que operaban los campos de exterminio en Europa, eran universitarios; básicamente eran escogidas personas que vivieran cerca de los campos, en los pueblos aledaños de los mismos.

Reconstruyendo un día de una persona de estas podemos ver lo siguiente:

Se levantaban temprano, se despedían de sus hijos y esposa; llegaban al campo de exterminio a las siguientes labores:

A). Seleccionaban a las personas (niños, mujeres y ancianos) para hacerlos entrar a la cámara de gas.

B). Una vez realizada la anterior labor, se procedía a retirar el oro de los dientes de los cadáveres para enviarlos a Berlín.

C). Después de ésto, se incineraban los cadáveres, aunque algunos al decir de testigos, todavía mostraban signos de vida al no ser asfixiados por el gas.

De entre los seis millones de seres humanos masacrados, hay que incluir un millón y medio de niños.

Al término de estas "labores", los señores universitarios regresaban a sus casas, recibían a sus hijos de la escuela y procedían a cenar. Muchos de ellos, al final de sus alimentos asistían a cantar en los coros de las muchas capillas existentes en los alrededores, preparándose para recibir, el día siguiente a otros varios miles de judíos, comunistas, sacerdotes, católicos, monjas, gente deforme, enanos, gitanos y homosexuales que serían exterminados a su llegada.

Cuando se habla de miles de millones, esto para el común de la gente, podrían parecer cifras absurdas y quizá sin ningún sentido; pero cuando individualizamos las historias de algunas familias o personas, adquiere esto características de tragedia sin precedente en la historia.

Cuando un loco nos habla y nos habla y nos induce a hacer cosas fuera de la ley o atentatorias de los más elementales derechos humanos, podemos optar por dos actitudes:

- A) Hacerle caso
- B) No hacerle caso

En la Alemania nazi, la ola de locura se apoderó de casi toda la población; es decir, le hicieron caso al "loco".

A tan solo varias décadas del holocausto, hoy, en estas postrimerías del siglo XX (El más cruento de toda la historia de la humanidad) siguen existiendo ejemplos de locos fanáticos que inducen a sus pueblos a cometer locuras ya sea en nombre de libros religiosos o interpretaciones absurdas de los mismos. El ejemplo más reciente en la involución que ha padecido en los últimos diez años, Irán.

Pero la mentalidad de la gente no ha variado mucho de hace cincuenta años a la fecha; cincuenta años no representan mucho en la historia humana; sin embargo, la mancha está ahí, ahí esta.

Hace unos meses una noticia recorrió el mundo; una enfermera vienesa, mató a varias decenas de ancianos en un hospital; los periódicos dieron cuenta del "horror" que produjo en la sociedad austríaca del crimen. Les aplico, según ella, la eutanasia.

Yo me pregunto: ese país, cuna de grandes hombres que dieron mucho a la humanidad ¿por qué se horroriza de unas decenas de ancianos y por qué no se horrorizó cuando al grito nazi empezaron a vejar, detener, deportar y exterminar a millones de gentes?

No sólo no se horrorizó, sino que colaboró directamente; y, lo que es peor, a varias décadas de aquel horror, como paradoja eligen presidente de la república a un señor sospechoso de haber colaborado en los exterminios, valido de su cargo castrense y fuero.

Ya antes, para vergüenza de la humanidad, nada más y nada menos ocupó el máximo puesto de la ONU, que se supone nació, entre otras cosas, para velar por el cumplimiento de los derechos humanos.

Si esto se cuenta en el siglo XXI, quizá la gente no sabría si carcajearse o sentir asco.

Stefan Zweig, cumbre del pensamiento intelectual, escritor de primer relieve mundial, perseguido por el nazismo con particular crueldad, terminó sus días suicidándose con su esposa en Petrópolis, Brasil, país que lo acogió en su huida.

El único "delito" de Zweig, como el de muchos millones de personas fue el haber nacido judío.

Leamos lo que pasó a la madre de este escritor:

Aquellos días que cotidianamente resonaban en mis oídos los gritos de socorro emitidos desde la patria, en que sabía a los amigos más íntimos arrastrados, martirizados y humillados, en que temblaba, impotente, por cada uno de los seres queridos, cuentan entre los demás terribles de mi vida. Y no me abochorna el manifestar — a tal punto pervirtió la época nuestros corazones — que no me aterró ni lloré cuando recibí la noticia de la muerte de mi madre, que había dejado en Viena, sino que, al contrario, la recibí como una especie de consuelo, porque así quedaba a salvo de todos los sufrimientos y peligros. Con sus ochenta y cuatro años, casi completamente sorda, ocupaba un departamento de nuestra casa familiar; no podía, por lo mismo, ser desalojada, ni aun de acuerdo con las nuevas leyes raciales, y alimentábamos todavía la esperanza de poder llevarla, en una u otra forma, al extranjero. Una de las primeras medidas vienesas nazis la afectó ya sensiblemente. Con sus ochenta y cuatro años, tenía las piernas débiles y estaba acostumbrada, al efectuar su corto paseo diario, a sentarse, de cada cinco o diez minutos de caminata fatigosa, en uno de los bancos de la calle Ring o del Parque. No hacía aún ocho días que Hitler se había adueñado de la ciudad, cuando se publicó el decreto bestial que prohibía a los judíos sentarse en los bancos públicos — una de esas prohibiciones que evidentemente han sido ideadas con el exclusivo fin sádico de martirizar con perfidia —. Porque saquear a los judíos tenía todavía algo de lógico y un sentido comprensible, pues con el producto del robo de las fábricas, los enseres de las casas, los chalets y los empleos que quedaban vacantes, se podía alimentar a las huestes propias, pagar a los viejos satélites; al fin y al cabo, la pinacoteca de Goering debe su esplendor principalmente a esa práctica aplicada en grande. Pero negar a una anciana o a un viejo agotados el derecho de tomar aliento unos minutos en un banco, eso le estaba reservado en el siglo XX al hombre a quien millones de individuos veneraban como al más grande de este tiempo.

Respecto de lo que pasó, antes de morir escribí:

. . . todos los pálidos corceles del apocalipsis han galopado a través de mi existencia; la revolución y el hambre, la desvaloración y el terror, las epidemias y la emigración. . .

Y, respecto de la tragedia judía, agregó: “. . . lo más trágico de esta tragedia del siglo XX, era, sin embargo, que quienes la sufrían, no podían encontrar en ella un sentido ni una culpa. . .”.

Después de la época nazi, se rescató el siguiente documento que era confidencial; estaba escrito por un prominente industrial alemán:

Para llevar los cadáveres a los hornos crematorios, sugerimos una gran batea que se mueve sobre cilindros. Cada horno medirá 24 por 18 pulgadas, ya que no se usarán ataúdes. Para el transporte de cadáveres a los lugares de almacenamiento a los hornos, sugerimos el uso de carretas ligeras con ruedas, cuyos diagramas adjuntamos.

He analizado quizá de manera un poco arbitraria algunos puntos del Holocausto. Quizá todo lo que se diga y todo lo que se escriba no

sea una milésima del sufrimiento de tantos millones de personas masacradas. Hace algunos años, fui invitado por el Gobierno de Austria a visitar un Campo de Exterminio Nazi ubicado en la pequeña localidad de Mauthausen. Lo que ahí presencié en los vestigios de ese lugar de crímenes es indescriptible. Simplemente, una vergüenza para la humanidad.

Por ello la importancia de hablar del Holocausto relacionándolo de manera directa con el problema de los Derechos Humanos.

La historia, la gran maestra nos enseña y mucho. Bien decía Santayana que quien no conoce la historia, está obligado a repetirla.

El ser humano ha cambiado muy poco. Es, además un animal de costumbres; al niño se le puede enseñar a amar o a odiar.

A los niños de la Alemania Nazi se les enseñó a odiar, y esto, a solo cincuenta años de distancia. . . Hoy día, hay naciones que también lo hacen.

El problema de los Derechos Humanos participa de muchas facetas y aristas; antes que nada, es un problema educativo.

He visto en los últimos años, con gran felicidad, que a nuestros niños se les ha concientizado en la importancia de la ecología. Yo me pregunto ¿se ha hecho lo mismo con los derechos humanos?

Porque, de dañar un árbol a hacerlo con un ser humano, no hay diferencia.

Debemos enseñar Derechos Humanos en nuestras escuelas; no basta con celebrar un aniversario más de la fundación de la ONU; es más importante que el niño ame y no odie; que sepa que vivimos en un mundo plural donde existen muchas religiones, maneras de pensar, colores de piel diferente, etc. Todos merecen respeto.

El mexicano que cruza la frontera a los EE.UU: merece respeto.

El centroamericano que viene de paso a México: merece respeto.

Los ciudadanos que deseen emigrar a cualquier país del mundo, merecen respeto.

Las autoridades merecen respeto; las autoridades están para respetar a los ciudadanos.

En la medida que dejemos crecer el ataque a los derechos humanos, en esa medida perderemos todos.

No escuchemos la voz de los locos o iluminados; escuchemos la voz de la razón.

En cualquier parte del mundo donde se viole un derecho humano, hay que protestar, gritar. Nada debe quedar impune; son muchos siglos de guerras e injusticias con saldos millonarios de muertos, deportados, heridos, atacados.

En algún lugar lei algo que tiene que ver con todo esto:

Llegaron unos tipos y se llevaron a los cristianos a la muerte: no protesté.

Llegaron unos tipos y se llevaron a los judíos a la muerte: no protesté.

Llegaron unos tipos y se llevaron a los socialistas a la muerte: no protesté.

Llegaron unos tipos y se llevaron a la muerte a gentes de derecha: no protesté.

Vinieron por mí para llevarme a la muerte;

No hubo nadie que protestara. . .